



El asalto al cuartel Moncada devino un punto de giro para la historia de la isla. /Foto: Internet

# 26 de Julio: Era la hora

Hace 72 años, la Generación del Centenario, encabezada por el joven abogado Fidel Castro, le cambió el curso a la historia de Cuba

Enrique Ojito Linares

*Todo tiene su tiempo y tiempo era. / Fidel miró el reloj y era la hora.*

Centellean los versos del Indio Naborí, y traen de vuelta la épica de hace 72 años, cuando 127 combatientes acudieron a la granjita Siboney, a 17 kilómetros de la ciudad de Santiago de Cuba, para ejecutar una arriesgada acción bélica. Pocos, muy pocos sabían el lugar exacto del inminente ataque.

Avanzada la madrugada del 26 de julio de 1953, el joven abogado miró otra vez el reloj y era la hora también de explicar.

—Vamos a atacar distintos objetivos.

Y el líder del Movimiento revolucionario, creado 17 meses antes, habló del grupo que asaltaría el cuartel de Bayamo y de los propósitos de la acción. En el caso de Santiago

de Cuba, tomarían el Palacio de Justicia y el cuartel Moncada —de ser sorprendidos debían reagruparse en el patio de atrás de la fortaleza— y Fidel comandaría ese grupo. El tercero ocuparía el Hospital Civil (hoy Saturnino Lora), con el doctor Mario Muñoz, Melba Hernández, Haydée Santamaría y algunos compañeros más; al mando de ellos iría Abel Santamaría.

Esta misión no le resultó grata a Abel, y el desacuerdo lo hizo público en el intercambio. No entendía por qué Fidel lo acomodaba; mientras, el líder de la Generación del Centenario daba el pecho en el Moncada. Fidel tenía que cuidarse. Abel le insistió en que le dejara tal encomienda a él, que era su segundo. Fidel no accedió y lo convenció, testimonió más de 40 años después el espirituario, devenido artemiseño, Ricardo Santana Martínez.

Haydée y Melba le comunicaron a Fidel la determinación de intervenir en la operación militar, y les dijo que ya habían hecho bastante; se quedarían allí. Ante la negativa de las mujeres, el doctor Muñoz Monroy propuso que ellas asumieran como enfermeras durante la toma del hospital.

Zanjada la discrepancia, Fidel advirtió, según aparece en el libro *El Moncada: la respuesta necesaria*, de Mario Mencía: “Es voluntariamente como ustedes se han adherido al Movimiento. Y, hoy, es voluntariamente como ustedes deben participar en el ataque. Si alguno no está de acuerdo, es ahora cuando debe retirarse”.

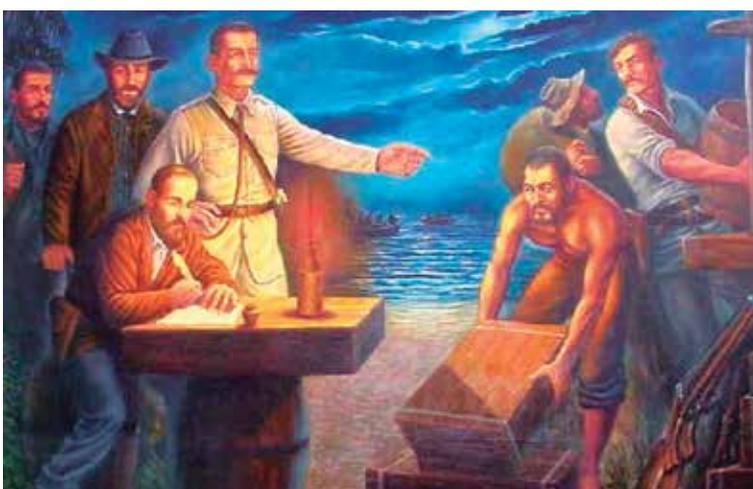
Sobrevino tal silencio que, si caía un alfiler al piso, el estruendo hubiera despertado al coronel Alberto Ríos Chaviano, quien dormía borracho, después de una noche de juerga en el club militar y naval de Ciudadamar.

Murmullos aislados quebraron la expectativa. Transcurridos apenas segundos, uno de los reunidos se aproximó a Fidel y le expresó en voz baja:

—Nosotros no deseamos participar.

A cinco ascendieron los negados a combatir; el argumento: el tipo de armamento. Como medida preventiva, el líder del Movimiento ordenó aislarlos en la cocina del inmueble, recordó en 1996 Santana Martínez.

Ante la deserción, Fidel orientó a mantener la disciplina. A seguidas, se hizo pública la proclama, redactada por Raúl Gómez García y, sin que mediara orden alguna, las notas del Himno Nacional crecieron en susurro en las gargantas de los imberbes combatientes. Sigilosamente, empezaron a subir a los autos; sigilosamente, también, partieron. Quizás, Fidel miró de nuevo el reloj: restaban 15 minutos. Era la hora.



Obra del pintor espirituario Francisco Rodríguez que recrea la expedición gestada por Serafín Sánchez, Mayía Rodríguez y Carlos Roloff.

Adriana Alfonso Martín

MUCHOS intentos de reiniciar la lucha por la independencia de Cuba se realizaron durante el período de la Tregua Fecunda. Algunos no se materializaron; otros fracasaron. José Martí aunó esfuerzos, desde los Estados Unidos, para la llamada Guerra Necesaria.

La orden de alzamiento se dio y el 24 de febrero de 1895 estalló la guerra. Varios lugares se levantaron en armas. Dos meses después de

iniciada la contienda, desembarcaron por el oriente de la isla los principales líderes: Maceo, Martí y Gómez.

Por Punta Caney, el 24 de julio, llegó la expedición gestada por Serafín Sánchez, Mayía Rodríguez y Carlos Roloff. Así iniciaba la lucha en la región central de Cuba y con ella, el camino a la independencia.

Para poder realizar una contienda rápida, unánime y grandiosa, durante la confección del Plan La Fernandina (en 1894) ideado por el delegado del Partido Revolucionario Cubano, tres expediciones por puntos del

centro y el oriente del país estaban concebidas. Una de ellas, con Serafín al frente.

Al fracasar el plan, sin ejecutarse, el espirituario mantiene la idea de desembarcar por Las Villas para avivar la lucha.

En el exilio, Serafín y Roloff permanecían en constante acción. Adquirieron armas y definieron un plan de acción bajo la mirada de agentes españoles y norteamericanos, ávidos de hacer fracasar cualquier intento de lucha. En menos de un mes reunieron alrededor de 150 revolucionarios. De inmediato comenzaron las prácticas de guerra al mando del coronel colombiano José Rogelio del Castillo y Zúñiga. La falta de víveres y el exceso de mosquitos y jejenes convierten en un infierno las noches de entrenamiento.

El 17 de julio el vapor James Woodall, que trasladaría a los revolucionarios

hasta Cuba, se ancló a una milla de Pine Key, un cayo de la Florida. La embarcación fue rebautizada como José Martí, en honor al principal gestor de la causa independentista.

Zarpó a las 6:30 a.m. del 18 de julio. Según el testimonio del coronel mambí Tomás Armstrong “resultaba un gran triunfo el haberlo conseguido y más aún el poder salir para Cuba sin menores tropiezos”. Dos días después, la embarcación realizó una pequeña escala en la Isla Mujeres para reabastecerse de agua. Continuó su travesía hasta Punta Caney, muy cerca de Tunas de Zaza, en Sancti Spíritus.

Entre los expedicionarios se encontraban Raimundo Sánchez, Enrique Loynaz y Fermín Valdés Domínguez; así como de otras naciones del mundo.

“24: a las nueve y media de la noche estamos desembarcando sin novedad alguna en Tayabacoa,

a legua y media de Tunas; hemos entrado aquí como en nuestra casa (...)”, escribió, en tierra firme, Serafín a su esposa Josefa María Pina.

A tierra fueron traídos 300 fusiles, 300 machetes, 300 000 tiros, dinamita, ropa, medicina, víveres y otros. Cada día se incorporaban nuevos combatientes y contactaron con mambises de la zona.

Serafín el día 28 vuelve a escribirle a Pepa: “En Las Villas existen más de cuatro mil hombres armados que se mueven libremente en todo el territorio (...) El entusiasmo aquí es grande por nuestra llegada y pronto la reacción se verá impotente (...)”.

Esta expedición fue considerada por el Generalísimo Máximo Gómez como uno de los grandes acontecimientos de la guerra; ya que trajo a la isla la mayor cantidad de armamento y revolucionarios. Marcó el inicio de la guerra en Las Villas.

## El grito de Las Villas

A propósito del aniversario 130 de la expedición Sánchez-Roloff-Mayía por Punta Caney, Tunas de Zaza, Escambray recuerda el acontecimiento considerado por Máximo Gómez como “uno de los más grandes de la guerra”